



Fraude: ¿y después qué?

Pocos a estas alturas pueden tener dudas de que nos acercamos a un fraude, pero no a un fraude modesto, parcial o episódico, no. Nos acercamos a un fraude monumental, quizás el más grande de nuestra historia republicana. Entre los pocos que lo niegan algunos tienen hambre, otros deudas y la mayoría simple y llano temor, porque los gobiernos autoritarios siempre despiertan temor, esa es su arma más importante.

La definición técnica del fraude ha sido también suficientemente esclarecida en los últimos meses. Fraude no es sólo, como tradicionalmente estábamos acostumbrados a creer, el cambio de ánforas o la trampa en el conteo de los votos. Fraude es sobre todo, en el caso peruano actual, la falta de competencia política entre las diversas opciones en juego. Esta falta de competencia empieza con el fraude legal para permitir la re-reelección, en la cual lo que vale es el poder y no lo que digan las propias normas aprobadas por este gobierno. Este tipo de fraude ha sido documentado hasta la saciedad por organizaciones y personalidades tanto en el Perú como en el extranjero. La denuncia de este tipo de fraude además ha motivado el hostigamiento reiterado a medios y periodistas que no se sometieran a los designios del poder.

Cabe, sin embargo, para algunos literales "abogados del diablo", el argumento falaz de que los parlamentos pueden cambiar cualquier ley de cualquier forma porque están compuestos por representantes elegidos.

Empero a esta evidencia se agrega hoy otra, aplastante, y que no tiene argumento falso que la responda. Esta evidencia ha sido documentada por la Asociación Transparencia, que, corrigiendo su error de las anteriores elecciones de 1995, se ha abocado ahora a controlar también las condiciones en que se realiza el proceso electoral, anteriores al día mismo de la votación. Lo que encuentra Transparencia, y lo presenta en números y cuadros, es la abru-

madora desigualdad de acceso a los medios de comunicación, sobre todo la TV de señal abierta, entre el candidato oficialista que sale en todas partes y los candidatos de oposición, que no pueden aparecer ni pagando los espacios con su plata.

El escenario se completa con la ofensiva militar y policial de las últimas semanas contra los candidatos de oposición, pasando del acoso encubierto al acoso abierto a quien se atreva a convertirse en una alternativa. No se conocen todavía argumentos que defiendan esta actitud.

Por eso decimos que lo que se da hoy en el Perú no es competencia plural sino una llana confrontación entre el gobierno, que acapara los tres poderes del Estado además de las regiones, y la oposición que lucha porque no se cierren los últimos espacios democráticos.

Estas son las condiciones de "normalidad" en las que, según algunos voceros del oficialismo, se da por descontada la re-reelección de Fujimori. ¿Podemos, sin embargo, concebir que las actuales condiciones electorales son normales? ¿Puede alguien creer que semejante fraude va a ser tragado sin más como un rico caramelo por la ciudadanía? De proseguir con esta voluntad de fraude Fujimori arriesga instalar un gobierno ilegítimo desde el primer minuto de su gestión, y ser tratado como usurpador dentro y fuera del país. Esta situación sería la base para la ingobernabilidad del Perú con el consiguiente daño para todos más allá de los respectivos colores políticos.

Hasta ahora el gobierno y en especial Alberto Fujimori continúan instalados en su cinismo sin asomo de que les quepa duda sobre su accionar. La oposición, por su parte, no se decide por el único mecanismo que podría albergar alguna esperanza de detener el fraude desde fuera del gobierno: el candidato único. En el medio, los ciudadanos se empiezan a hartar de tanta burla a la voluntad popular y de la carencia de alternativas.